

El padre Alberto Hurtado y nosotros

*Carlos Camus*¹

En la misa de funeral del querido padre Alberto Hurtado, su amigo, don Manuel Larraín, obispo de Talca, dijo una frase profética, difícil de olvidar: «Su vida fue una gran visita de Dios a nuestra patria».

Los que tuvimos el privilegio de conocerlo tenemos la obligación de dar testimonio de su vida y de su mensaje, porque sigue siendo tremendamente actual.

Para que los jóvenes de hoy puedan acercarse a él y recibir su influencia hemos escrito estas líneas. Pedimos al querido padre que nos perdone si no hemos sido totalmente fieles y que bendiga desde el Cielo nuestra buena intención.

Primero fue laico

Nuestra vida siempre está marcada por un designio de amor de Dios y por eso cada detalle de nuestra historia tiene importancia. Como decía León Bloy: «Todo lo que sucede es adorable».

¹ Pastoral de monseñor Carlos Camus, obispo de Linares, Chile.

El padre Hurtado nació en Viña del Mar a comienzos de siglo. Su padre era dueño de un fundo cerca de Casablanca que todavía es conocido como Los Perales de Tapihue.

Tal como sucedió con Teresita de Los Andes, su familia se vio repentinamente empobrecida por la trágica muerte de su padre. El futuro «patroncito» conoció así la pobreza y la caridad de un tío que lo acogió con su madre.

Pudo estudiar en un buen colegio de Santiago: el San Ignacio y después Leyes en la Universidad Católica, pero debió trabajar duro para costearse sus estudios. Mientras sus compañeros disfrutaban de una vida fácil, él conoció en carne propia los esfuerzos de los estudiantes pobres para salir adelante. Su vocación social empezó desde temprano. Educado por el padre Vives, un gran formador de juventudes, empezó a hacer clases en una escuela nocturna, donde conoció mejor aún los valores de los trabajadores chilenos.

Trabajó en *El Diario ilustrado* y volcó sus inquietudes políticas en el Partido Conservador, buscando llevar sus ideas sociales al seno del partido que había defendido a la Iglesia en las luchas político-religiosas del siglo pasado. Vivió entonces generosamente su juventud sin dejarse engañar por vanidades, pero escuchó que Cristo le pedía más y allí empezó su vocación sacerdotal.

El joven jesuita

La educación en el San Ignacio le hizo conocer a los padres jesuitas y se entusiasmó con la viril energía de san Ignacio, el soldado de Cristo, y el afán misionero de san Francisco Javier. Quiso imitar en

Chile a estos grandes apóstoles que transformaron la Iglesia en el siglo XVI.

Estudió en Chillán, luego en Argentina, en España y en los Estados Unidos. Se interesó mucho en la Pedagogía, siguiendo las órdenes de sus superiores, porque la principal labor de los jesuitas en Chile era entonces la educación. Hizo su memoria sobre el método de Dewey, el educador norteamericano que revolucionó la enseñanza con sus adelantos sobre la coeducación, tema tabú todavía en Chile.

El padre se había doctorado en Lovaina, Bélgica, y allí amplió su horizonte y comprendió que la educación de los jóvenes era muy negativa y había el tabú del sexo, tema que no se podía tocar, dejando a los adolescentes en la ignorancia más peligrosa cuando debían enfrentar la vida.

Formador de juventudes

Una de las etapas más hermosas y menos conocidas del padre Hurtado fue su época de profesor de Religión y Director Espiritual de niños y jóvenes. Allí volcó toda su sabiduría y su gran corazón de pastor.

Los chiquillos pronto se dieron cuenta de que era un profesor diferente. Los quería y los escuchaba; se preocupaba por ellos y estaba siempre disponible para atender a sus confidencias. Su confesionario se llenaba todos los días. Tenía una intuición especial para llegar al alma de sus jóvenes. Una vez le discutió mucho uno que tenía dificultades para creer. El padre, con santa paciencia le explicaba la apolo-gética, pero no le entraban balas. Cuando terminó la clase, el padre lo

llamó aparte, pero el chiquillo seguía con sus dificultades: que la Inquisición, que los tesoros del Vaticano, etc. El padre lo miró a los ojos y le preguntó: «Dime la verdad, ¿es rubia o morena?»... El chiquillo se vio pillado y llorando le contó su problema.

Cuando hablaba de Cristo lo hacía con pasión, como de un amigo muy querido con quien escondía una profunda conversación interior. Las chacotas inevitables en las clases que no tenían nota reconocida, cedieron lugar al respeto y al interés por una enseñanza que no era teórica, sino que envolvía una inmensa vitalidad. ¡Valía la pena conocer a Cristo tal como lo presentaba el padre!

Yo no lo conocía todavía, pero mi padre me compraba todos sus libros: *Juventud y pureza*, *La vida afectiva en la adolescencia*, *Elección de carrera*, etc. Era un lenguaje distinto: juvenil, franco, sincero, varonil, que presentaba el cristianismo como un desafío digno de entusiasmar a los jóvenes.

También contribuyó a crear la Editorial Difusión Chilena y a hacer traducir libros como *La luz de la montaña*, *Un corto camino de santidad*, *Frente a la rebelión de los jóvenes*, etc., que abrían caminos a una juventud deseosa de respirar aires más puros y de hacer algo por los demás.

Lo social

Como sabio educador, el padre Hurtado entendió muy bien que no podía sacar a los jóvenes de sus problemas egoístas y de sus debilidades de adolescentes si no les presentaba un proyecto de cristianismo alegre y conquistador, preocupado de los demás, especialmente de los

más pobres que no habían tenido los privilegios de los estudiantes de colegios católicos.

Como joven estudiante de Derecho y Profesor de trabajadores había podido comparar las enormes diferencias de posibilidades que tenían los niños ricos y pobres y la tremenda injusticia social que ya se incubaba en Chile. El antiguo paternalismo no era suficiente y los jóvenes chilenos tenían que prepararse para cambiar nuestra sociedad. Allí comenzaron sus *arengas*, como las llamaban sus enemigos, pero allí también comenzó el gran arrastre de sus retiros espirituales que congregaban a centenares de jóvenes. Un nuevo tipo de apóstol había aparecido en Chile y era peligroso, como todos los que toman en serio el Evangelio.

La Acción Católica

En la época de las grandes ideologías de masas como el Marxismo y el Nazismo, que convocaban a millares de jóvenes en todo el mundo, con sus bosques de banderas y desfiles con antorchas llamando a soñar una nueva sociedad, el Espíritu Santo suscitó también en la Iglesia ese gran movimiento juvenil que fue la Acción Católica de los años cuarenta.

El Papa Pío XI decía que la había llamado «no sin divina inspiración» y la definió como algo inaudito: el apostolado de los laicos en la Iglesia. Desde los tiempos de los apóstoles parecía que no se escuchaba una invitación semejante. Y los jóvenes se entusiasmaron con participar en la evangelización de sus compañeros, la transformación de sus ambientes de vida y la conquista del mundo para Cristo.

Los jóvenes necesitaban Asesores: sacerdotes que fueran capaces de compartir con ellos y hablarles este nuevo lenguaje audaz y comprometido; que fueran modelos con su vida de estos apóstoles modernos.

El padre Hurtado era uno de ellos y fue llamado por los Obispos para ser el asesor nacional de la Acción Católica de Jóvenes. Era su máxima alegría y se entregó a esta labor con indomable pasión.

Los Obispos lo invitaron a predicarles en una reunión de su incipiente Conferencia Episcopal. El padre, con mucha libertad, les expuso la realidad social y religiosa de los pobres y les dejó una sola pregunta: ¿Qué haría Cristo si estuviera en mi lugar? Eso era lo único importante.

Recorrió Chile entero con sus dirigentes hablando en las Parroquias y los Teatros, reuniéndose en las noches con los sacerdotes y dirigentes locales, incendiando con su amor a Cristo a cuantos le escuchaban.

Su oratoria arrasaba, pero su fe y su amor eran sus herramientas. Miles de jóvenes perdieron su timidez y su respeto humano y salieron a conquistar a sus compañeros con sus testimonios de hombría cristiana y sus coros hablados que fortalecían la fe de los pusilánimes.

Empezamos a leer y comentar el Evangelio, a comprar el Misal diario y a enriquecernos con el tesoro escondido de los sacramentos de la Eucaristía y el Perdón.

El padre Hurtado había despertado el alma católica y juvenil de Chile y muchos sacerdotes siguieron su ejemplo. Fue una época hermosa, que los «viejos» recordamos con gran cariño.

Las incomprensiones

«Todo el que quiera vivir piadosamente en este mundo tendrá que sufrir persecución», escribió san Pablo. El sacrificio y la cruz es la contraprueba de las grandes obras de Dios. Al padre Hurtado tampoco le faltaron incomprensiones.

Fue acusado de revolucionario, de «cura comunista», de ser peligroso para los jóvenes, de estar dividiendo a los católicos, de pretender cambiar el orden natural de las cosas, porque Cristo había dicho que siempre tendría que haber pobres y que las injusticias sociales existían porque unos habían sido trabajadores y previsores y otros flojos y borrachos. El que se atrevía a criticar esto era un demagogo y había que condenarlo al silencio.

Sólo Dios sabe cuánto sufrió el padre Hurtado, porque él nunca se quejó.

Obedeció siempre como Jesucristo, que aprendió a ser obediente hasta la muerte de cruz. La peor cruz del padre Hurtado fue la crítica de quienes más debían haberlo apoyado, pero él como cristiano educador no levantó a los jóvenes a una rebeldía que se veía venir. Sufrió en silencio el exilio y la calumnia.

Era valiente, por supuesto; y condenaba con gritos de profeta el lujo excesivo al lado de la miseria. Llamaba a la solidaridad de los

católicos y se atrevió a escribir un libro denuncia que nos preguntaba si Chile era realmente un país católico. Fue demasiado lejos en su amor a la justicia

«Está saliendo»

Recuerdo una de sus exhortaciones. Contaba que se había encontrado con una señora muy católica cuya hija acababa de egresar de un Colegio de Monjas.

«¿Y la fulanita, qué es de ella?», preguntó el padre Hurtado, porque entonces las niñas no iban todavía a la Universidad. «Está saliendo», contestó la mamá. Y el padre repetía incrédulo: «¡Está saliendo! ¿Qué clase de trabajo es ese? ¿No tiene más que hacer una niña católica educada en una familia y en un colegio católico, que estar saliendo a bailes y fiestas un año entero? ¿Acaso no hay campesinos en su fundo para enseñarles a leer y el catecismo, acaso no hay pobres a algunas cuadras de su casa que ella pueda visitar, no hay enfermos en los hospitales que nadie visita?, ¿qué clase de educación cristiana es ésta?».

Por supuesto que estas críticas no caían bien, tampoco cuando fastigaba al lujo excesivo al lado de tantas miserias. No era el político ni el demagogo el que gritaba; era el apóstol de Cristo que golpeaba y remecía las conciencias de los católicos sobre sus deberes sociales.

Una periodista le preguntó al presidente del Senado que conoció al padre Hurtado: «¿Qué cree usted que nos diría el padre Hurtado a los católicos de hoy y especialmente a los parlamentarios?». «Nos

estaría retando y tirando las orejas, contestó don Gabriel Valdés, porque no hacemos bastante para aliviar el sufrimiento de los pobres».

La ASICH

El padre Hurtado fue uno de los primeros que comprendió que el paternalismo antiguo no era suficiente. Ya no quedaban patronos tan buenos cristianos y los trabajadores querían conquistar por sí mismos sus derechos. Era urgente formar dirigentes sindicales bien instruidos en la Doctrina Social de la Iglesia.

De regreso de otro exilio, el padre Hurtado se reúne con sus antiguos discípulos y los invita a formar una escuela sindical, la Acción Sindical Chilena, ASICH. Escribe dos libros sobre las encíclicas sociales de los Papas y las enseñanzas de los episcopados de distintos países en materia social. «Sin teoría revolucionaria, no hay praxis revolucionaria» había dicho Lenin. Los sindicalistas cristianos necesitaban también una sólida formación doctrinal. Muchos amigos volvieron a colaborar con el querido padre, ofreciéndose para hacer clases gratuitamente.

Cuando era seminarista y quería especializarme en la Doctrina Social de la Iglesia fui a consultarle y me insistió: «Si quieres ser un apóstol social tienes que leerte muy bien estos libros. Si citas al Papa o a los Episcopados del mundo entero, nadie podrá atacarte». Era su experiencia. El padre publica entonces su libro «Sindicalismo» donde resume sus enseñanzas y experiencias para sus queridos dirigentes trabajadores.

Ya que no lo dejaban trabajar con los jóvenes, sus preferidos, va a comenzar con los trabajadores curtidos en la lucha por la Justicia. No lo pueden sumergir; siempre sale a flote por alguna parte.

La fuerza de las ideas

El padre Hurtado no fue un intelectual, en el sentido que le damos corrientemente a esta palabra. Era muy inteligente y estudioso, gran lector; pero su corazón era aún más grande que su cabeza.

Escribió muchos libros, pero siempre apurado por el amor. Necesitaba apoyar sus trabajos y comprendía la fuerza de las ideas. Creo que fue en 1947 que le visitamos con monseñor Sergio Contreras, compañero en la Acción católica Universitaria y don Fernando Jara, nuestro Asesor.

Fuimos hasta Calera de Tango, donde el padre estaba escribiendo «Humanismo Social». Nos habló de la importancia de darle a los educadores un manual de Ética Social ya que sólo se enseñaba una Moral individualista que dejaba tantos vacíos. Por eso escribía, siempre apremiado por la acción. La consigna de san Pablo: «El amor de Cristo nos apremia» lo retrataba perfectamente.

Le dolía que los católicos chilenos no tuviéramos una Revista que promoviera el esfuerzo intelectual y alimentara la acción. Los franceses hacen una pequeña experiencia y escriben diez libros sobre ella; los chilenos podemos tener centenares de experiencias pastorales, pero no somos capaces de transferirla en un folleto. ¿Será humildad o flojera intelectual?

El padre entusiasma entonces a algunos jesuitas, sacerdotes diocesanos y antiguos amigos profesionales para empezar la aventura de «Mensaje», una revista que crecería rápidamente y estimularía la creación intelectual de centenares de chilenos. Nos abrió al diálogo con las ciencias humanas y con el pensamiento católico de muchos países. Todos recordamos el importante papel que cumplió más tarde en la defensa de los Derechos Humanos.

Los jóvenes católicos no teníamos en ese tiempo mucho alimento intelectual. Leíamos a León Bloy, Peguy, Maritain, Bernanos, entre los franceses, y empezaban las traducciones inglesas de Chesterton y los novelistas ingleses. «Mensaje» trajo a Chile la cultura mundial.

Si todos los curas fueran así...

Yo era presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso. Fui a ver al padre Hurtado para pedirle una conferencia en el Aula Magna de la Universidad. La antesala de su oficina siempre estaba llena de jóvenes, e incluso adultos, que buscaban su consejo. Esa vez estaba, entre otros, el que sería Presidente de Chile, don Eduardo Frei Montalva. En pocos minutos el Padre abrió la puerta y se asomaba sonriente: «¿A quién le toca, en qué puedo servirle, patroncito?». Uno sentía la cordialidad y perdía el temor. El padre nunca se negaba para hablar con los jóvenes.

Volví a Valparaíso para preparar la reunión. El solo nombre del padre Hurtado llenaba la gran sala. Ya era conocido por la juventud y la conferencia no sería una «lata». Pero a mí me interesaba que lo escucharan también los que no eran católicos. Había muchos en las tres

Universidades porteñas y el intercambio de ideas era frecuente. Había inquietud, como se decía entonces.

Yo invité a un amigo comunista. «Pero es cura, me dijo, ¿qué puede decirnos que interese a los universitarios?». «Bueno, si eres abierto tienes que escuchar a todos, le dije: ven y verás». El padre estaba iluminado y poético, habló de su recuerdo de Chile cuando estudiaba en Bélgica donde todos los días eran nublados «como una inmensa panza de burro». Luego su alegría al viajar a Italia y volver a ver en las tierras de san Francisco al hermano Sol y el verano en el campo que le recordaba a Chile. ¡Cómo le dolía Chile! Tantas cosas que se podrían hacer en este lindo país si los chilenos fuéramos más hermanos; la tarea de los universitarios para construir una patria mejor, etc. Cuando salimos encontré a mi amigo: estaba emocionado. «¿Qué te pareció?», le dije. La pregunta estaba de más. Me miró agradecido y me respondió: «Si todos los curas fueran así»... Tiempo después se hizo católico, pero yo nunca olvidé ese testimonio tan sincero.

El Hogar de Cristo

Fue la última obra de su vida y la más conocida hoy día. Se le habían cerrado muchas puertas, pero hay una que nadie puede atajar: la del amor.

Regresó nuevamente a Chile y parecía que tenía que resignarse a ser ese confesor de señoras que acudían diariamente a la misa de 7 de la mañana y que lo buscaban por sus profundos consejos. Nada de organizaciones, nada de apostolado con los jóvenes, nada que cree problema. Le habían prohibido ir al Seminario para no contagiar a los

seminaristas. Tampoco enseñaba ya en la Universidad Católica. Era un «leproso» para la cristiandad de la época.

Tenía las noches libres. Después de todos los trabajos del día que le eran permitidos, salió en la camioneta verde a conocer cómo era la vida del Santiago real en las poblaciones y entre los pobres.

Descubrió entonces con espanto que debajo de los puentes del río Mapocho se juntaban a dormir los niños que pedían limosna durante el día. Se calentaban como podían en el crudo invierno, cubriendo su cuerpo con diarios que habían recogido. Inmediatamente su corazón lleno de amor cristiano se conmovió y se puso manos a la obra.

Había que conseguir una pieza para invitarlos a dormir, colchones, sábanas y frazadas y un grupo de personas caritativas que les prepararan sopa caliente. No fue fácil ganarse la confianza de estos niños acostumbrados a ser rechazados y juzgados por una sociedad egoísta y satisfecha. Eran los que molestaban siempre, los que so-
braban.

Nuevamente habló el profeta. Su denuncia conmovió al país. Gracias a Dios, ya tenía un grupo de personas piadosas que creían en él. Las señoras se despojaban felices de sus joyas para ganarse el reino de los cielos. Los hombres más calculadores, estudiaban cómo organizar una caridad eficaz. Así nació el Hogar de Cristo.

Obras de caridad siempre ha habido en la Iglesia y no han faltado los santos silenciosos que se han entregado heroicamente al servicio de los pobres. Sólo que ahora aparecían nuevas necesidades y había que aprender a llegar al pobre sin humillarlo para ganar su confianza

y, como decía san Vicente de Paúl, que los amemos tanto que podamos conseguir que nos perdonen la osadía de ayudarlos.

Dios ha bendecido su obra y hoy día se extiende por todo Chile. La característica que une a todas las hospederías es el respeto al pobre como lo enseñó el padre Hurtado, porque «el pobre es Cristo». «Lo que hiciste al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hiciste», dijo el Señor.

¡Contento, Señor, contento!

Siempre existe el peligro de quedarnos en las maravillosas obras de caridad del padre Hurtado. Nos acordamos de cuando juntaba cinco mil jóvenes en una misa en el Estadio Nacional, de sus retiros inolvidables, de sus charlas por radio y de sus libros. Pero todo eso es la parte visible del iceberg. Las cuatro quintas partes quedan sumergidas en su vida de oración y sacrificio. Todas las mañanas muy temprano, a pesar de acostarse tarde, estaba adorando al Santísimo y consultando con Jesús todos sus planes. No cuidó su salud ni se dio reposo. Vivía enamorado del Señor. Tienen que estar «chiflados por Cristo», repetía a sus jóvenes, y los convencía, porque les daba ejemplo .

Su peor sufrimiento fue su impaciencia por el Reino. Él quería hacerlo todo cuanto antes. No entendía las cobardías ni las vacilaciones. Su gran fortaleza ante los ataques y la envidia era su amistad invariable con su Señor.

Por eso su lema que tanto repetía a los jóvenes en los retiros: ¡Contento, Señor, contento! más que una prédica a los demás era su

fortaleza íntima. «La victoria que vence al mundo es nuestra fe», escribió san Juan. «Nada podrá separarme del amor de Cristo», gritó san Pablo. Eso mismo pensaba el padre Hurtado cuando se daba valor a sí mismo y le decía a Jesús: ¡Contento, Señor, contento!

«Agárrate de la fe»

Estaba ya próxima la fecha de su muerte, el 18 de agosto de 1952. Sus sacerdotes más cercanos, don Carlos González y don Ignacio Ortúzar, se turnaban para ir a celebrarle misa en el Hospital y convidaban cada día a un seminarista para que tuviéramos la oportunidad de escuchar una palabra del padre Hurtado.

Me tocó ese privilegio. Después de la misa entré a su pieza, una mueca de dolor revelaba el intenso sufrimiento de su cáncer hepático, pero se sobrepuso y su cara se iluminó. Me miró sonriendo y me dijo: «¡Qué bien, chiquillo, tú estás comenzando y yo ya estoy terminando. Tú estás lleno de entusiasmo, pero acuérdate de una cosa: cuando se te acabe el entusiasmo, agárrate de la fe!». Nuevamente hablaba su experiencia. Como en san Pablo, moría en él el hombre viejo, pero la fe es la juventud del alma que brillaba en sus ojos llenos de amor.

¿Y nosotros?

Cuando caminábamos por la Alameda en el funeral del padre Hurtado se me acercó Vicente Sota, el antiguo compañero en la Falange Universitaria y actual Diputado del PPD. Muy afligido me preguntó: «Ahora, ¿qué vamos a hacer, si se nos fue el 'Patroncito'?».

Ahora quedan sus discípulos, le contesté, somos muchos los que tenemos que continuar su obra. «Tienes razón, me dijo, confortado. La obra del padre Hurtado no puede morir».

El «Hogar de Cristo» ha continuado y se ha desarrollado hermosamente, pero el padre Hurtado es mucho más que el «Hogar de Cristo». Cualquiera puede dar una limosna y hacerse socio, pero el amor cristiano no termina allí.

La vida del padre Hurtado fue una visita de Dios a Chile. También lo fueron Teresita de Los Andes y Laurita Vicuña.

¿Qué nos quiere decir Dios con esta explosión de santos chilenos? Teresita congrega a millares en su santuario y los jóvenes redescubren el valor de la oración contemplativa. Laurita entusiasma a las estudiantes de Educación Básica y el padre Hurtado reivindica la labor del sacerdote pastor que se juega por Jesucristo y no tiene miedo de ensuciarse las manos en medio del mundo para gritar la Justicia y el Amor Cristiano.

Son santos chilenos de nuestro tiempo. Nos están invitando a seguirlos. Una vida entregada a Dios puede cambiar el mundo. Un solo santo puede convertir a Chile en tierra de gracia y llenarnos con la misericordia del Señor. ¿Qué haremos nosotros para aprovechar esta visita de Dios?

Ésta es la finalidad de este pequeño homenaje al querido padre. Que conociéndolo un poco más podamos seguir su ejemplo, ya sea como campesino, estudiante, líder, seminarista, sacerdote, apóstol social o empresario de Cristo y de su Iglesia.

Que nos preguntemos honradamente ahora: ¿qué haría Cristo si estuviera en mi lugar?, y nos lancemos a la acción con la confianza del santo que superó todas las dificultades con la sonrisa en los labios. Porque en el fondo de su alma el Espíritu le soplabá: «Contento, Señor, contento».

